

Fin de año en el desierto

Han pasado apenas unos minutos desde que llegamos a Tánger y ya sabemos que estamos a punto de comenzar algo verdaderamente diferente. Es esa extraña mezcla de pasado y necesidad de progreso. Es el cielo que la cubre y los mares que la cercan, que vuelven a esta ciudad marroquí ligeramente azulada. También es el viento. Las chilabas se pegan al pecho y los pañuelos amenazan con levantar el vuelo.

Por delante nos esperan el paraíso de los sentidos que es Marrakech, un viaje por las tortuosas carreteras que cruzan las montañas del Atlas, el palmeral más grande del norte de África y, tras un vacilante recorrido en dromedario, la inmensidad del desierto. Nada que ver con un típico fin de año.

TEXTO: JOSÉ GABRIEL CARREÑO
FOTOS: ARCHIVO, MANUEL CHARLÓN,
JOSÉ GABRIEL CARREÑO





El *ksar* de Ait Benhaddou es el mejor conservado de todo el territorio marroquí. Al menos es el único que, desde 1987, goza de la catalogación de Patrimonio de la Humanidad, declarada por la UNESCO.

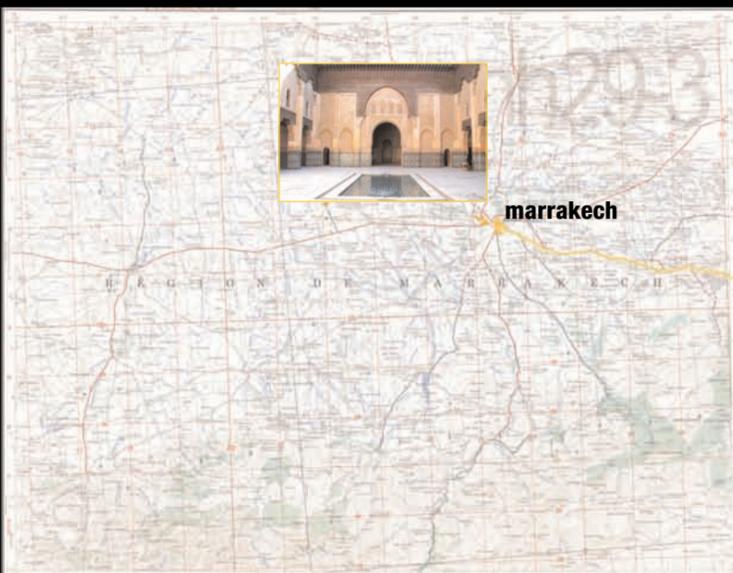


Las dunas ejercen un efecto hipnótico sobre el viajero, amplificado por el insistente golpeteo de los *bendires* o tambores bereberes, las castañuelas *qraqeb* y el cómico clarinetista bou oughanim y su *ghita*.

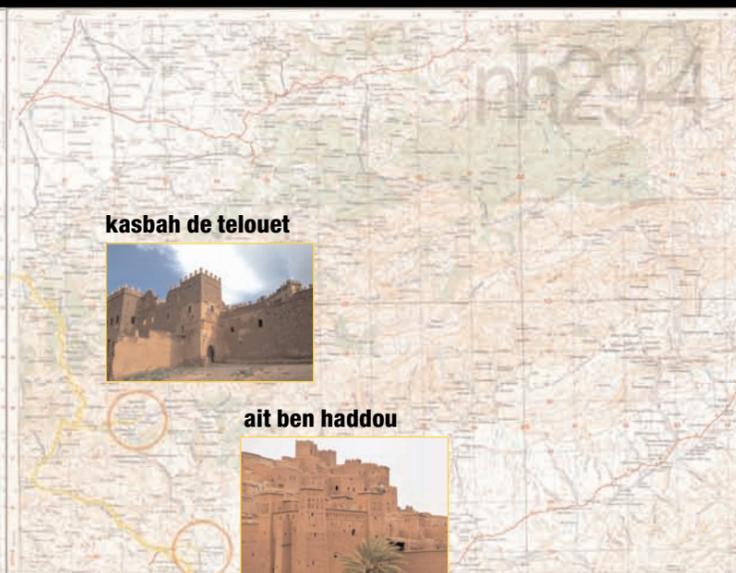
En ruta con los bereberes

Muchas son las empresas que ofrecen rutas de diferente duración a los erg (desiertos formados por dunas) de Marruecos. La mayoría finalizan en erg Chebbi, junto a Merzouga. Allí se juntan motos enduro, esos ruidosos camiones llamados chipis, quads... Y la mezcla resultante dista mucho de la idea de recorrer en camello las altas dunas del desierto, dormir en una jaima rodeado de kilómetros de finísima arena, observar en el silencio de la noche un cielo cubierto de estrellas, despertar con la potente luz del sol que nace en el horizonte como una gran bola de fuego... Otras empresas, sin

embargo, optan por erg Chegaga, cerca de M'Hamid, y cambian los motorizados por un paseo en dromedario, la puesta del sol en medio de las dunas doradas y la llegada a un campamento en el corazón del desierto. Allí todo está ya preparado para pasar una inolvidable noche bereber: un té a la menta, una sabrosa cena nomada y una noche bajo el techo decorado de una jaima. De fondo, nada más que el silencio del desierto, las líneas difuminadas de las dunas y, según la posición de la luna, el magnífico espectáculo de un cielo estrellado o la intensa luz de la luna llena.



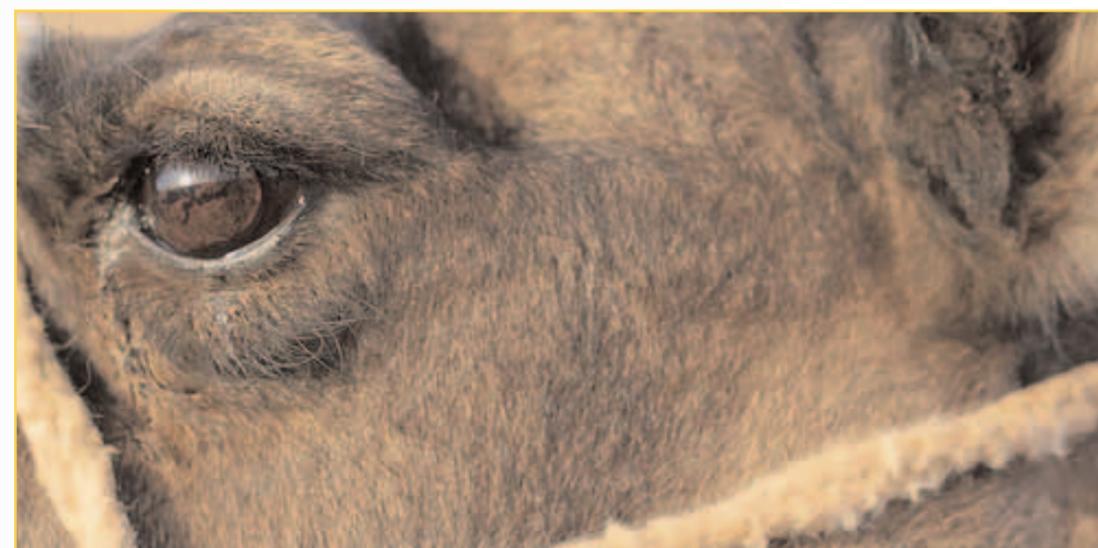
marrakech



kasbah de telouet



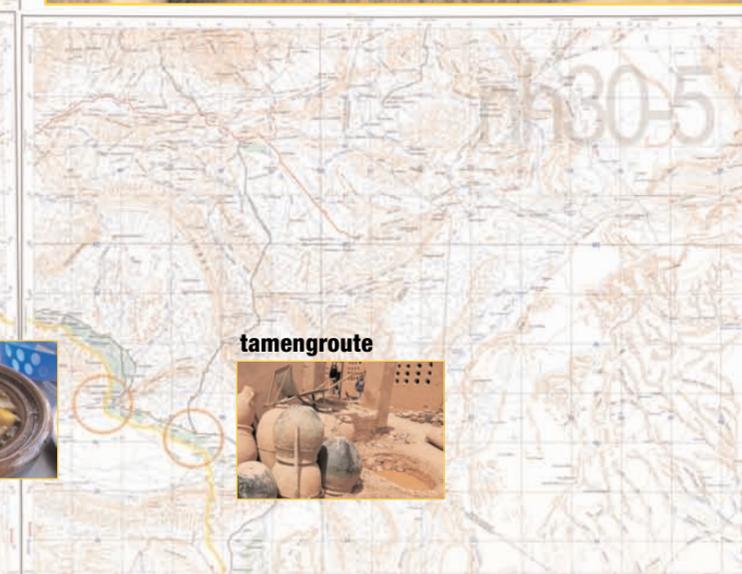
ait ben haddou



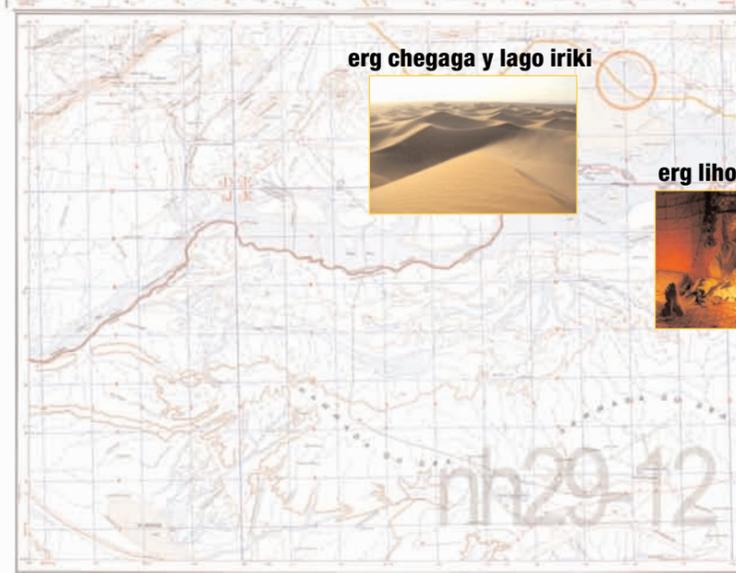
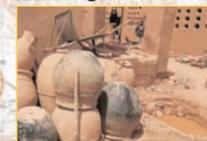
ouarzazate



zagora



tamengroute



erg chegaga y lago iriki



erg lihoudi



m'hamid



+ _INFO

YOUR MOROCCO TOURS es una empresa registrada en Marruecos, con base en Ouarzazate y oficina en Nueva York, que organiza viajes de todo tipo por el país alahuita.

Sus guías y conductores son nativos, la mayoría bereberes, y muestran una especial habilidad para sortear las dificultades propias de un país africano, siempre con inteligencia, diplomacia y una permanente sonrisa en la boca.

Hablan inglés y francés, amén de árabe y bereber, son hábiles cocineros y no dudan en llevarte a su casa para que conozcas a su madre y hermanos, invitarte a una taza de té y a lo que serán los más deliciosos dátiles que hayas comido nunca.

Los alojamientos que se ofrecen en las rutas ya programadas mantienen un estándar aceptable, con climatización en las habitaciones y una higiene asegurada. Lo mejor son las comidas, a veces regadas de un agradable vino de Mekness.

Pero si se desea un viaje a la medida, mejorando la calidad de los alojamientos o modificando las rutas a su antojo, lo mejor es contactar vía email tras haberse informado (en inglés) en:

www.your-morocco-tour.com

Hay momentos en la historia de un país en que todo se con-fabula para ofrecer al visitante común, al llamado turista, una imagen que es real, además de cómoda y atractiva, del acontecer diario de sus habitantes. En ese momento cuando uno se alegra de estar allí y verlo en primera persona.

En Marruecos, ese momento ha llegado. A pesar de la insistente oferta de taxis en las puertas de la estación marítima de Tánger, los tiempos del “*safi* (basta ya)” pasaron. Entonces era el único modo no violento de desembarazarse de aquel vendedor o pedigüeño que ofrecía desde una visita al palacio del rey hasta la verdadera joya mineral del Atlas pasando por la inevitable tienda del amigo vendedor de alfombras, mientras sujetaba el antebrazo del visitante con una fuerza inusitada.

Hoy ya es posible callejear por las medinas con cierta relación. Aunque la hospitalidad hacia el extranjero sigue siendo un arma de doble filo, la forma de atraérselo ha variado sustancialmente. Bien es cierto que las autoridades han creado una policía turística que se ve poco, todo hay que decirlo, para proteger de estas avalanchas a los visitantes, pero lo fundamental es que ha sido el propio pueblo marroquí, cada artesano, cada mendigo, cada muchacho, el que ha decidido cambiar su relación con respecto a los portadores de los codiciados euros.

Así que muchos han optado por la paciencia, no exenta de dignidad, y la rápida y educada retirada en caso de encontrarse con una negativa. Siempre habrá alguna excepción a esta ley no es-

Tristemente, el tren que sale de Tánger a Marrakech a las nueve de la noche no cuenta con compartimentos sencillos o dobles, por lo que hemos de conformarnos con uno de cuatro literas, incomodidad que compensa la amabilidad del empleado que nos muestra nuestro aposento y responde a nuestras preguntas.

Puntualmente, comenzamos el viaje en el último vagón para, después de once largas horas de traqueteo, amanecer en la cabecera del convoy con los verdes campos que rodean Marrakech como paisaje. Y, con una puntualidad exquisita, llegamos a la gran metrópoli *amazigh*. En el vestíbulo, un gran árbol de Navidad recuerda a los visitantes que la hospitalidad es norma en estas tierras. Bajo él, Abdou, nuestro guía, conductor y traductor, nos espera sonriente, nos ayuda con las maletas y nos acomoda en el todoterreno que nos llevará a las dunas más espectaculares de Marruecos.

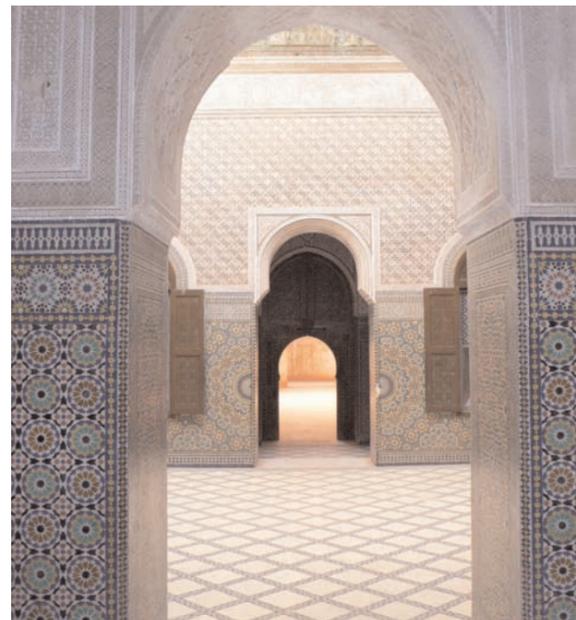
Una vez dejado atrás el apabullante tráfico urbano de Marrakech, se intercalan a ambos lados de la carretera las suntuosas villas con piscina con casas de adobe rodeadas de pequeños huertos y olivares. Dejamos atrás *sidis* y *aits*, pueblos marrones de casas de adobe coronadas por antenas parabólicas y, a medida que nos vamos acercando a Irhris, el paisaje torna al típico sustrato de rocas eruptivas y metamórficas formadas por gneiss, cuarcitas, esquistos y calizas. Atravesamos en Alto Atlas.

De las *kasbahs* de la casta Glaoui, sólo

crita que poco a poco se extiende, pero no tan intensa como para impedir el pleno disfrute de unas ciudades en las que las maravillas surgen a borbotones. Un sonriente “*al, sucrán* (no, gracias)” es más que suficiente para proseguir el camino sin haber adquirido nada en la puerta de la tienda de turno.

La entrada a Tánger ha sido, por tanto, cómoda, sin aglomeraciones ni controles excesivos. En una primera aproximación, el visitante recoge un cúmulo de sensaciones de cosmópolis y pueblo, de cultura europea y fuerte tradición islámica, de refinamiento y tosquedad, un ambiente que mezcla la elegancia del marroquí instruido, políglota y viajero con la picaresca del que se las tiene que ingeniar para sobrevivir dentro de unas costumbres observadas casi a rajatabla y con unos recursos económicos ínfimos.

Pero no tenemos tiempo de profundizar en la vida de la urbe que enamoró a tantos extranjeros que, como Paul Bowles, decidieron quedarse a vivir aquí. Tánger tendrá que esperar. El tiempo apremia y nos dirigimos a la estación de ferrocarril, probablemente la más limpia y segura de África y una de las más limpias de Europa. Hemos de tomar el tren que nos llevará a Marrakech. Por unos 20 dirham (dos euros) se puede coger un taxi que, apenas en cinco minutos, realiza el trayecto desde la terminal marítima. Sea uno de los vetustos Mercedes Benz que ellos llaman *grand taxi* o los igualmente anticuados utilitarios *petit taxi*, lo más posible es que el conductor chapurre algo de español y nos amenice el recorrido, e incluso se preste a ayudarnos si contamos con suficiente tiempo como para visitar la ciudad vieja antes de la hora de salida.



Esta edificación era el hogar de T'hami el Glaoui, que era el gobernador de Marrakech, a principios del siglo veinte. la riqueza de la ornamentación permite darse cuenta de lo poderoso de esta familia y de la influencia que ejercía en todo este lugar.

Ambos lados de la carretera están salpicados de vendedores de fósiles y minerales, principalmente geodas, tan falsas en muchos casos que se puede atisbar desde el interior del coche que tanto brillo y tan vistosos colores no son obra de la naturaleza. Al llegar a lo más alto de Tizi-N'Tichka, a 2260 metros, un cortejo de vehículos turísticos espera el regreso de una nube de viajeros ansiosos por fotografiar territorio *amazigh*, un paisaje impresionante de montañas peladas. Ya sólo queda vegetación en las zonas más bajas de los valles, bancales aprovechados por los pueblos *amazigh* de la zona para cultivarlos.

El término *bereber* procede del griego *barbaroi* y del latín *barbarus*, lo que deja claras sus connotaciones despectivas. Es por esto precisamente que el término no está bien visto y no es reconocido por la población nativa, que nunca lo ha empleado para referirse a ellos mismos. Esta palabra ha llegado a nuestros días a través de los árabes primeros y posteriormente de los europeos, los que se entiende han sido potencias colonizadoras en el norte de África. Es por eso que el término *amazigh* ha sido el comúnmente empleado por los propios habitantes para referirse a ellos mismos, teniendo la significación de “hombre libre” (su plural es *amazighen*).

Más adelante encontramos el desvío hacia Telouet. La carretera es estrecha, con un sinfín de curvas, baches y badenes, y se hace pesada, pero el pueblo, el mercado y la fastuosa alcazaba compensan con creces. Aparcamos en la plaza del pueblo y nos

la de Telouet se mantiene aún en pie.

dirigimos a pie a visitar la alcazaba. Mucho antes de que se construyera la carretera entre Marrakech y Ouarzazate, la alcazaba de Telouet, situada en una zona estratégica a orillas del río Imaren, formó parte de una serie de *kasbahs*, graneros y fortalezas amuralladas que dieron cobijo al paso obligado de caravanas entre ambas ciudades.

Fue esta una construcción *amazigh* del siglo IX, lujosamente acondicionada para servir de residencia al sultán Thami el-Glaoui, aunque posteriormente fue abandonada con consecuencia de las luchas entre los muchos descendientes de la casta Glaoui. Actualmente, entre los edificios en ruina de los siglos XVIII y XIX, se conservan el harén y la sala de recepción de la zona levantada ya en el siglo XX, con una exquisita decoración de inspiración andalusí: decorados de estuco, capiteles cincelados, techos de madera con motivos florales o geométricos y suelos de azulejos. Un guía nos acompaña en el recorrido por el edificio, al mismo tiempo fortaleza y palacio. Las ventanas enrejadas dejan ver los dominios del Glaoui.

La vuelta a la carretera general es de nuevo un sin fin de curvas, baches y desvíos para permitir que otros vehículos puedan circular en dirección contraria. Solamente hay espacio para uno y una ley no escrita dice que el más grande tiene preferencia. Se recomienda precaución a aquellos que opten por alquilar una berlina para recorren estas sinuosas carreteras.

El almuerzo, primer contacto real con la comida marroquí y *amazigh*, supera con mucho nuestras expectativas. Sopa *harira*

de lentejas, aceitunas aliñadas, *tajines* de pollo y cordero, ensaladas templadas de verduras, pizzas *amazighen*, aromáticas mandarinas y grandes dosis de té a la menta... Por fin nos deleitamos con las fragancias a cilantro, comino, anís, sésamo, tomillo y salvia. El paisaje desde la terraza del restaurante Le Lion D'Or acompaña a la perfección y el silencio reinante sólo se rompe por la débil llamada a la oración desde una población cercana, algo redundante a lo largo de todo el viaje.

Y, como digestión, otra pista, aunque corta. Una decena de kilómetros en dirección a uno de los lugares más hermosos que habremos de visitar: Ait Ben Haddou. El *ksar* (ciudad amurallada) de Ait Ben Haddou es uno de los mejor conservados de todo el territorio marroquí. Al menos es el único que goza del estatus de Patrimonio de la Humanidad, declarado por la UNESCO. Situado al noroeste de Ouarzazate, la ciudad fue un punto clave hasta ya bien entrado el siglo XX, al ser parte de la ruta caravanera que partía desde Marrakech vía Telouet, lo que le proporcionó fama y prosperidad.

Llegamos mientras comienza a ponerse el sol y el cielo cambia el azul intenso por un blanco sucio. Es entonces cuando aún más destaca esta mole marrón, como moldeada en arcilla por unos artesanos juguetones. Las viviendas de adobe, muy ornamentadas, se aglutinan dentro de una fuerte muralla defensiva reforzada por torretas. Estas construcciones son muy vulnerables al paso de los años y tienen que pasar por reformas cada pocos años.

Se estima que si una casa quedara abandonada no se mantendría en pie más allá de medio siglo.

A partir de los años 50 del siglo pasado, el *ksar* empezó a des-poblarse cuando sus habitantes comenzaron a desplazarse a la otra margen del río debido a la facilidad de acceso en vehículo. Quedó así, como tantos otros del sur marroquí, condenado a desmoronarse como un castillo de arena soportando indefenso el permanente efecto erosivo del clima. Su declaración de Patrimonio de la Humanidad supuso la llegada de fondos que, junto con diversas iniciativas públicas y privadas, han conseguido frenar el proceso de abandono e incluso invertirlo.

Aunque a finales de los años ochenta apenas un par de familias vivían en la ciudad amurallada, en unos pocos años la restauración de *kasbahs* y viviendas es evidente y son varias las familias que habitan el *ksar*, existen algunas tiendas de antigüedades y artesanía, así como estudios de artistas y, lo que es más importante, los indicios de vida, plasmados en el demabular de burros en las calles o la ropa tendida al sol, se vuelven a dejar sentir. No obstante, se trata de una vida un tanto artificial, ya que el motor económico de sus habitantes es el turismo y los que no hacen de guías, son comerciantes de artesanía o incluso enseñan sus viviendas a cambio de la voluntad.

Ait Ben Haddou está formado por un barrio aristocrático y un barrio popular, así como con una judería. El barrio aristocrático, situado en la parte baja del pueblo, lo forman seis *kasbahs*, con una altura de hasta cinco pisos. Las casas populares son de una o dos plantas y pueden tener un patio interior, habitualmente de



Viajar horas consecutivas por parajes monótonos, día tras día, cansa la mente más que los músculos. Cuando el viento impide la conversación los *imazhigen* se quedan a solas con unos pensamientos que vuelan rápidamente hacia el reino de la fantasía.

zada a partes iguales por un delicioso *tajine* de pollo al limón, una botella de vino de Mekness y el hipnótico sonar de los *bendires* o tambores *imazhigen*, surtió el efecto deseado y facilitó el descanso hasta la temprana hora de la mañana siguiente en la que comenzaríamos el trayecto a M'Hamid. Por cierto, Ouarzazate es prácticamente el último enclave donde poder comprar algo de alcohol para celebrar el fin de año. Vinos franceses, marroquíes y algún Rioja, amén de los licores habituales, aún se pueden adquirir a precios razonables.

De nuevo en la carretera, el anti Atlas sorprende por su dramático paisaje. Estos suelos viejos que separan las montañas del desierto, atravesados por las barreras basálticas de Jbel Saghro y Jbel Beni, son paradigma de la aridez desoladora de estas tierras, incluso en los valles más profundos. De pronto, en apenas unas curvas, el erial muda en palmeral inmenso al acercarse a Agdz, villa de ciudadela y fortín que se abre sobre el valle del Draa, oasis magnífico bordeado por el desierto que se extiende sobre una estrecha franja de casi 200 kilómetros de largo, hasta poco antes del pueblo de M'Hamid.

El río Draa nace de los arroyos Dades y Uarzazat, que tienen sus fuentes en el Alto Atlas. Se abre paso entre los montes Saghro y Siroua, en el macizo del Anti Atlas, hasta perforar el cañón de Kheneg Taghia, a la salida del cual, y tras la ciudad de Agdz, empieza el valle del Draa propiamente dicho, que durante 200 kilómetros constituye un oasis ininterrumpido de verdor, contrastando poderosamente con las reseca y rojizas montañas circundantes. Se trata de una larga y hermosísima sucesión de palmerales y de huertos cultivados, que están jalonados cada cierto tiempo por un buen número de impresionantes construcciones de adobe. Entre estas poblaciones destaca la moderna Zagora, famosa entre otras razones porque en la puerta sur de la ciudad, al final de su avenida principal, hay un cartel que reza: *A Tombuctú, 52 días* (en camello, se entiende).

Defendidos por murallas, estos pueblos fortificados se elevan a orillas del desierto formando aglomeraciones de distinta importancia y de muy original urbanización, con viviendas dispuestas en terrazas, decoradas con arcadas y balaustres, y punteadas por esbeltas torretas con almenas. Los *ksar* del Draa fueron construidos para defenderse de los invasores, pero su arquitectura alcanza cotas insuperables de belleza, en las proporciones de sus masas y vanos, la pureza de líneas y los juegos de luz y sombra de sus muros de adobe.

En un pasado remoto el Draa sería el río más largo de Marruecos, si bien en la actualidad sus aguas se filtran en las arenas del desierto cerca de M'Hamid y prosiguen su trayectoria de forma subterránea, torciendo su rumbo y dirigiéndose durante más de 600 kilómetros hacia el Atlántico para desembocar unos kilómetros al norte de Tan Tan, en la costa atlántica.

Del bajo Draa provenía una tribu árabe llamada de los Beni Saad, que al intervenir en el comercio caravanero del oro, fue adquiriendo más y más poder económico, hasta llegar a fundar

unas dimensiones considerables, ya que suelen tener unos 200 metros cuadrados. La judería es el barrio situado al extremo este del *ksar*, y es el más deteriorado al no haberse puesto en marcha todavía ningún proceso de restauración. Recientemente se ha restaurado también la *medersa* (escuela), aunque aún no se puede visitar.

Al otro lado del río Ounila se ha asentado una población dedicada exclusivamente a la hostelería y el comercio cara al turista. Guías por doquier se arremolinan a nuestro alrededor para ayudarnos a cruzar el río a lomos de un burro a cambio de sumas que oscilan entre los diez dirhams de los que gustan del regateo y los cuarenta de aquellos que detestamos esa costumbre.

Fuera y dentro del *ksar* trabajan artistas que pintan cuadros con té para luego colorear el dibujo quemando la hoja por el envés. Es curioso observarles mover la vela con las manos y sus pinturas son realmente bonitas, en cuanto a lo *naif* de las composiciones. Hahcine me vendió una de sus obras por 60 dirhams. En las tiendas de antigüedades es casi imposible encontrar esas auténticas joyas que tanto anhelan algunos turistas, ya que a lo lar-

go de los años el expolio de cerraduras, candiles o ventanas del *ksar*, algunas originales de la judería con la estrella de David grabada, han acabado casi con los materiales primitivos. Para los que prefieran una buena reproducción a un mal expolio cultural, aún hay mercado, pues el betún de judea hace maravillas.

Ait Ben Haddou es uno de los lugares más cinematográficos de Marruecos, junto con Ouarzazate, el Todrá y el *erg* Chebbi. En él se han rodado películas como *La joya del Nilo*, *Gladiator*, *La última tentación de Cristo*, *Lawrence de Arabia*, *La momia* o *Alexandro Magno*. La puerta situada más al sur del *ksar* es contemporánea y se construyó expresamente para que Michael Douglas sestellara con el avión en *La joya del Nilo*.

De vuelta a la carretera, seguimos rumbo a Ouarzazate. Por su clima y paisajes, esta es la ciudad marroquí favorita de los cineastas desde que en 1962 se rodaran varias secuencias de la afamada *Lawrence de Arabia*, aunque la mayor parte fue rodada por David Lean en Jordania. Aquí se han filmado grandes superproducciones y, para deleite de grandes y chicos, los decorados de películas como *Astérix y Obélix: misión Cleopatra*, *El cielo pro-*

pector y *Gladiator*, están abiertos para visitarlos solos o acompañados por guías. En los alrededores van asomando decorados un tanto surrealistas: campanarios y templos romanos comparten paisaje con estatuas egipcias, un templo tibetano e incluso el templo de Jerusalén a tamaño natural. Son parte de los decorados de uno de los más grandes estudios cinematográficos del mundo: Atlas Studios.

La llamada "puerta del desierto" es un lugar de transición entre las montañas del Atlas y el largo valle del río Draa. Descanso para los comerciantes que viajaban en busca de los mercados del norte, durante la ocupación francesa se expandió considerablemente gracias a su carácter de plaza fuerte, centro administrativo y puesto de aduanas. Su nombre significa en *tamazigh* "sin ruido" o "sin confusión", aunque como toda ciudad es necesario separarse unos cuantos kilómetros para disfrutar de esa paz prometida. Mientras, para pasar la noche, nos dirigimos al hotel La Valleè, correcto en cuanto a sus instalaciones e impecable en cuanto a la amabilidad del personal, atento a compensar con calefactores eléctricos la frialdad de los aposentos. La cena, protagoni-

una dinastía imperial, los saadianos, que expandió su poder por todo Marruecos y batalló contra los incipientes intentos de colonización de los portugueses. Las suntuosas tumbas de sus principales sultanes pueden admirarse en Marrakech.

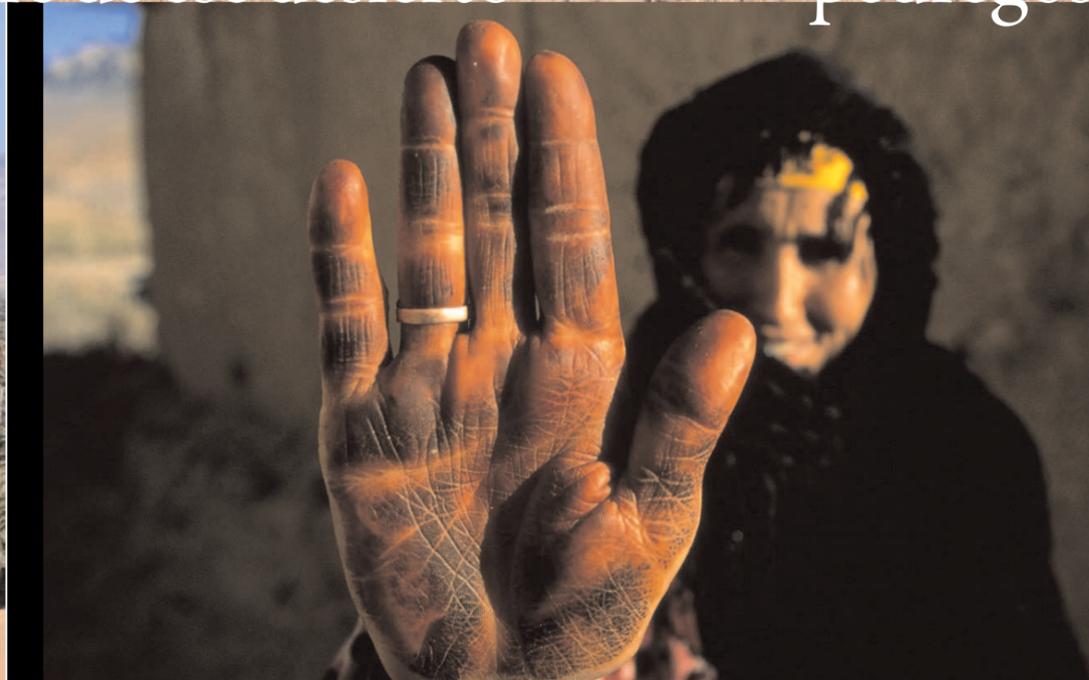
Los habitantes del valle del Draa son sedentarios pero han sentido la influencia de los nómadas del sur marroquí. La población está compuesta por árabes y *imazhigen* de diversa procedencia, a menudo mestizados con gentes de razas de piel más oscura originarias del sur, quizá descendientes de esclavos traídos de Sudán o Etiopía, y se estima que su número llega a alcanzar los 80.000 habitantes. Existen también pequeñas comunidades de judíos en las *mellahs* (o juderías) de algunos pueblos.

La vida de estas poblaciones depende totalmente de las aguas con que el Draa irriga este inmenso oasis longitudinal. El cultivo predominante en sus riberas son las palmeras, productoras de dátiles de la apreciada variedad *boufeggous*. Se cosechan asimismo cereales, legumbres y *alheña* (henna). En el palmeral crecen además diversos árboles frutales: higueras, tamarindos, laureles y comenzamos a ver los primeros ejemplares de acacias que anuncian el gran sur. Se intercalan cultivos de habas con pequeñas parcelas de un verde intenso y un aroma inconfundible que nos recuerdan por qué el té con hierbabuena es tan común.

Zagora es la capital de la provincia que lleva su mismo nombre y se separó de Ouarzazate a finales de los años 90 del siglo XX. Viven en ella cerca de 40.000 personas, creciendo a un ritmo desmesurado. La ciudad, tal y como la conocemos hoy, se fundó en época colonial francesa como centro administrativo de la región, junto al *ksar* de Amezrou, que toma su nombre del monte bajo el que se asienta. Fue construida junto a las ruinas de una antigua fortaleza de la época almorávide, de la que se pueden observar aún restos de sus murallas en la ladera del



Lahmada es el nombre de ese desierto pedregoso que rodea al lago Iriki



La hamada (*lahmada*) es un frágil ecosistema esculpido por rugientes vendavales, implacables vientos que azotan el desierto y convierten su aire en una cortina de arena tan densa que el sol del fondo no es más que un disco pálido al que se puede mirar directamente.

Para sentir la amabilidad del valle del Draa es necesario pasear por sus caminos, los mismos que toman los *imazhigen* para acceder a los huertos. La sombra de las palmeras, la cercanía del agua y el pastar del ganado permiten reconciliarse con la aridez aterradora del desierto.

Los *imazhigen* son, como todos los pueblos seminómadas, recios trabajadores, buenos comerciantes y sensatos ahorradores, pero, en los habituales momentos de diversión, se muestran sin pudor amantes del baile, las canciones y las palmas.

Jbel Zagora. Esta urbe es un punto clave dentro de cualquier circuito de los muchos que recorren el país por las posibilidades que ofrece. Se puede ir o volver desde la pista del lago Iriki vía Tagounite o M'Hamid; el Sagrho por N'kob, la zona esteparia de la carretera nacional N12 desde Rissani; Ouarzazate, por la pista de Tazzarine o incluso por Taouz a lo largo de la zona fronteriza con Argelia.

Son por tanto sus calles en determinadas épocas del año un hervidero de amantes de los viajes en todoterreno, vestidos de exploradores, con sus *taharamt* (turbantes *imazighen*) multicolores, comentando las penalidades de tal o cual pista prohibida. Sin embargo, hay que recordar que en los *ergs* o zonas de dunas y muy especialmente en las *lahmadas* o hamadas, desiertos pedregosos, hay carteles que recuerdan lo frágil del terreno que se atraviesa, lo importante que es no salirse de los caminos establecidos y que abrir nuevas pistas es allí tan dañino para el medio ambiente como cortar un pinsapo en la Sierra de las Nieves de Málaga. A pesar de ello, durante nuestro viaje nos cruzamos con multitud de excursiones españolas que cruzaban las zonas pedregosas por mil y un caminos e incluso grupos cuyos integrantes se abrían en abanico para así no tragar el polvo levantado por el todoterreno precedente. Más tarde esos mismos turistas se indignaban en los hoteles porque no se separaban los residuos.

A unos 22 kilómetros al sudeste de Zagora, por la carretera nacional camino de M'Hamid, se encuentra el pueblo de Tamegroute, construido con la orgánica inteligencia de aquellos que han de protegerse de las tormentas de arena. Las casas sin ventanas al exterior y con apenas unos ventanucos a los estrechos pasillos interiores embutidas en calles semisubterráneas le otorgan un aspecto casi fantasmal. Tamegroute es un antiguo centro religioso, célebre por la biblioteca de su *zaouia* (escuela coránica), donde se guardan coranes y manuscritos sobre piel de gacela. Algunos talleres alfareros, casi en la calle, hacen piezas verdes y marrones, obteniendo los colores mezclando manganeso y cobre para el primero, y antimonio y cobre para el segundo.

A partir del siglo XI esta localidad se convirtió en un importante centro religioso por donde pasaron muy probablemente muchos manuscritos camino de Al-Andalus. Actualmente es lugar de paso de turistas que transitan hacia el Sáhara para disfrutar de las espectaculares y próximas dunas de Tinfou o hacia el *erg* Chegaga, desierto adentro.

La población está formada por una serie de *ksour* interconectados, las viviendas típicamente *imazighen* a modo de colmena. En el centro se encuentra la *zaouia* Naciría, de tejado verde. Esta *zaouia* está formada por una mezquita, una madrasa para estudiar el Corán, la tumba de su fundador, y una famosa biblioteca que durante mucho tiempo fue una de las más ricas del norte de África. En el siglo XVII el maestro musulmán Sidi Muhammad bin Nasir al-Drawi fundó aquí la orden sufi de los naciríes. Esta hermandad cree que sólo se puede entender el Islam a través del estudio profundo del Corán, y por eso da tanta importancia a las bibliotecas. La *zaouia* está cerrada a los no musulmanes y continúa siendo un lugar de peregrinación para las personas necesitadas y los enfermos que buscan la *baraka* (bendición) del sheik nacirí.

A la entrada del pueblo los guías locales detectan la llegada

Las dunas del *erg* Chegaga, especialmente la Lahbidia, de unos 300 metros de altura, se alzan y descienden como si estuvieran vivas, desafiando al tiempo, de una forma a la vez pacífica y, en su desolada soledad, aterradora.

de forasteros. Algunos comentan que la biblioteca sólo se puede visitar de su mano ya que únicamente ellos pueden pedir la llave. Por 150 dirhams enseñarán la biblioteca, los *ksour*, la *zaouia* y la alfarería local. Como contamos con un guía, dejamos plantados a los advenedizos y descubrimos que la información no es cierta: tan sólo hace falta ser paciente, refugiarse del calor en el patio de la *zaouia* y esperar a primera hora de la tarde a que abran la puerta de la biblioteca para visitarla.

La biblioteca está situada en un edificio nuevo de una sola planta. Alberga 4.169 manuscritos, todos ellos originales, algunos de los cuales están encuadrados en piel de gacela. Abarca las más diversas disciplinas: Derecho coránico, Poesía árabe y *amazigh*, Historia, Álgebra, Genealogía del Profeta, Medicina, Botánica, Gramática, relatos de peregrinaciones a La Meca, diccionarios, así como coranes finamente decorados. Hay libros del siglo XI procedentes de Córdoba y Toledo, y otros que fueron adquiridos en lugares lejanos como Persia o Afganistán. Casi todos ellos están ordenados en estanterías tras puertas de vidrio, pero algunos se exponen en cajas de cristal. A pesar de lo vetusto del mobiliario que protege estas joyas, el estado de conservación de los documentos es excelente gracias a la naturaleza extremadamente seca del clima.

La visita es conducida por el bibliotecario jefe, Kalifa, trabajador de 86 años que lleva media vida en la biblioteca y está a punto de jubilarse. Su discípulo, Rachid, de 26, invita a los visitantes a dejar un donativo en dirhams, euros, dólares o cualquier moneda convertible. En el patio de entrada, unos hombres rehabilitan el suelo de cerámica con cuidado y dedicación, cortando piezas de baldosines con unas pequeñas tenazas para crear formas geométricas que recuerdan las de la Alhambra ganadina.

Durante la obligada visita a la alfarería, de nuevo, hay que regatear. Una buena estrategia es, elegido el producto que nos gusta, no mostrar interés al principio. Preguntad por un par de objetos antes, los cuales no se comprarán, y plantead un regateo estando plenamente convencidos de que no os lo llevaréis. Tras lo que parece toda una vida de regateo sin llegar a buen fin, mostrad que ya bajo ningún concepto queréis ese artículo y tras amagar el abandono de la tienda pasáis a pujar por el que en realidad os gusta. Este método no está mal, pero tiene doble filo: cabe la posibilidad de que al final os vayáis con tres artículos, de los cuales dos no queráis, y esto es porque en Marruecos un comerciante le vendería la luna a Dios si Dios entrara en su establecimiento. Al final me llevo un pequeño cuenco por el disparatado precio de 30 dirhams, lo cual deshace cualquiera de mis teorías, si bien me consuelo diciendo que es una forma de colaborar con la cooperativa.

La carretera se va estrechando paulatinamente a medida que nos acercamos a M'Hamid y, tras un puerto de montaña con magníficas panorámicas al árido valle y al palmeral de Draa que hemos dejado atrás, entramos en un pueblo en el que la amplitud y la tonalidad de su urbanismo deja patente la cercanía al desier-

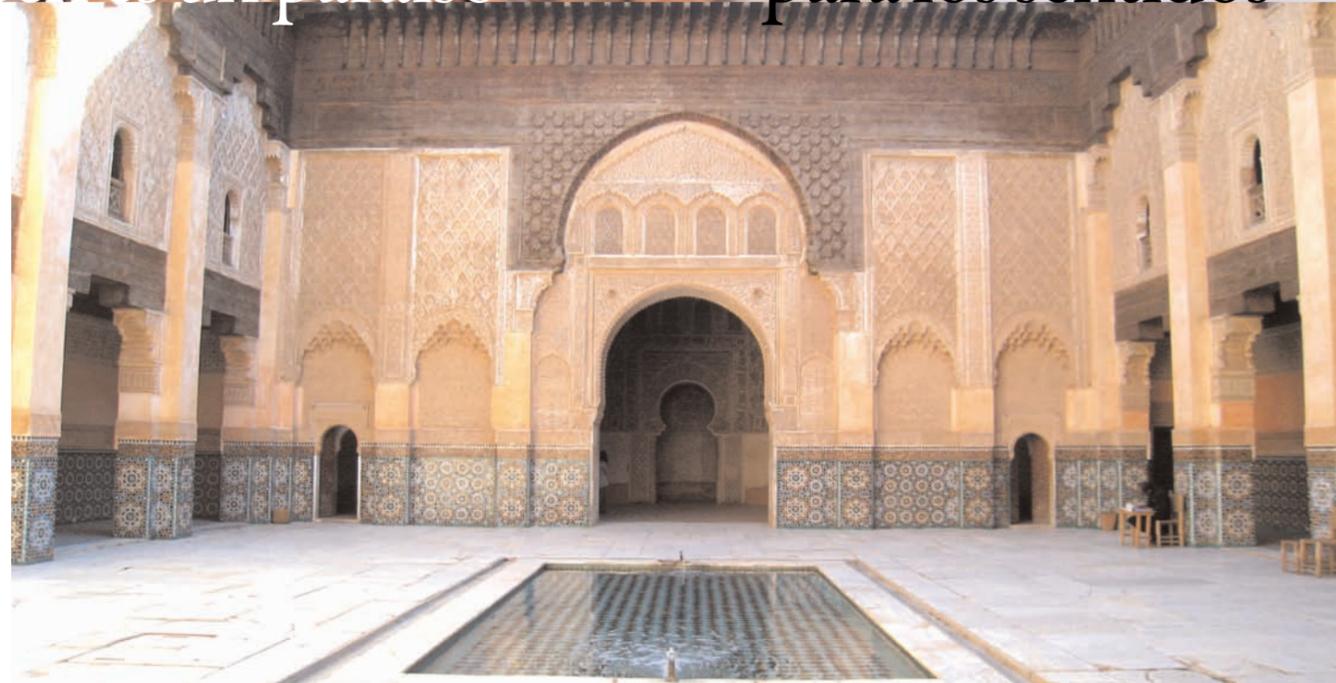


Tamegroute es un antiguo centro religioso, célebre por la biblioteca de su *zaouia* (escuela coránica), donde se guardan coranes y manuscritos sobre piel de gacela. Aquí, los alfareros, casi en la calle, realizan piezas de diversos colores, mezclando pigmentos naturales de origen vegetal y mineral.





La medina de Marrakech es un paraíso para los sentidos



to. Apenas a unos pocos kilómetros de la frontera con Argelia, las primeras dunas que se elevan entre los palmerales dan la bienvenida al visitante, le introducen paulatinamente en la desolación desértica y le recuerdan que sea entre un mar de dunas, en la gelidez de la tundra, en la frondosidad de la selva o en las tenebrosas profundidades del océano, el ser humano es insignificante y que su falta de humildad se paga con el precio más alto: la muerte. El desierto es grande, más grande que todo según reza un dicho local, y para sobrevivir a sus caprichos la gente ha aprendido a confiar en un orden superior. Cuando se enfrenta uno con el Sahara y sus más de nueve millones de kilómetros cuadrados, una superficie cercana a la de Estados Unidos, la intervención divina no es nunca un mal recurso al que acudir.

Es por ello que nuestros guías se someten a los designios de su dios y repiten con asiduidad *inshallah* (si Alá quiere), porque creen firmemente que sólo Alá puede ayudar a cruzar ese inmenso desierto para regresar a casa. Sujetan con empeño las, a simple vista, endebles monturas a los dromedarios o camellos arábigos y ayudan a los turistas a montar sobre estos indómitos animales, muy proclives a la queja y al resoplido, y a la pregunta de ¿está usted seguro de que esto no se va a caer? responden con el consabido *inshallah*.

A sí debió quererlo Alá, porque llegamos a *erg Lihoudi* sanos y salvos, con ciertas molestias en el coxis, pero felices por haber podido asistir a una magnífica puesta de sol sobre la joroba de un camello mientras las dunas, cada vez más altas, cubren el horizonte. Allí, en el campamento de pequeñas construcciones de adobe, merced a una crepitante hoguera y a una suculenta cena a base del sabroso *tajine*, acompañado de aceitunas, higos y dátiles, bajo un cielo iluminado por la luna llena, no cabe sino celebrar que el desierto nos ha dado otro día de vida y acompañar las palmas de nuestros amigos *imazhigen* al compás de flautas y tambores.

Tras pasar la noche cómodos y templados gracias al natural aislamiento del adobe, nos levantamos al despuntar el día para disfrutar de nuestro primer amanecer en el desierto. El sol que nace en el horizonte es una bola de fuego que permite descifrar con mayor facilidad el devenir de las dunas, sus avances y el movimiento de los seres vivos sobre su superficie. Sea un camello, una collalba o un escorpión, si no hay viento, la duna graba todo aquello que la roce. Su recuerdo es efímero sobre la arena, pero perenne en la memoria. A las siete y media de la mañana, a 50 minutos en dromedario de M'Hamid, *erg Lihoudi* es ese lugar en el que todos queremos despertar, dominado por un silencio que exige cambiar la voz por el susurro y exento de aromas determinados gracias a lo límpido del aire. Se requieren, al menos, unos minutos para tomar conciencia de que uno es solamente un visitante y no es parte de las dunas, las palmeras y el azul del cielo, un azul tan intenso que abruma.

Casi que apetece echar a andar hasta llegar a *erg Chegaga*, sino fuera porque los más de 50 kilómetros que separan Lihoudi de las grandes dunas son de una aridez extrema, sólo interrumpida por un oasis que aflora en lo más hondo del cauce de un arroyo seco la mayor parte del año. Allí, ante la curiosa mirada de un grupo de lavanderas cetrinas que se alimentan junto a un charco y bajo una de las últimas acacias que veremos antes de abandonar todo vestigio de vegetación, almorzamos pollo a la brasa, en-



Perderse por las callejuelas de la medina de Marrakech es algo que nunca se olvida. Es esa primera vez, cuando en lo más profundo de tu cerebro europeo resurge el vivir la vida de tus antepasados. Es como éramos, la supervivencia del día a día.

salada marroquí y mandarinas hasta hartarnos, y emprendemos de nuevo rumbo a las dunas. Erg Chegaga, hogar de los *imazhigen* seminómadas Ait Atta, se extiende sobre unos 40 kilómetros entre la cordillera del Jbel Beni al norte y el desecado lago Iriki al suroeste, que podrían ejercer de límites.

Los campamentos levantados para los turistas se inspiran en las tiendas nómadas y son el único recurso acondicionado para pernoctar. Allí, protegidos de un persistente viento del oeste que moldea las dunas y se cuele por entre los resquicios que dejan las telas que cubren las tiendas, se impone la mole de arena de la duna Lahbidia, de unos 300 metros de altura, desafío para los que gustan de alcanzar cumbres.

Una vez cumplido en deseo de andar descalzos sobre la duna y rodar por sus pendientes como ese niño que pierden todos los poetas, el sol amarillo se tiñe carmesí y va dejando paso a la claridad de esta luna llena que nos ha acompañado todo el viaje. Comienzan a sonar los tambores *bendires* de los músicos, nativos de M'Hamid, que pasarán toda la noche amenizando la fiesta con sus clarinetes *ghita* y las castañuelas *qraqeb*.

El festín es más propio de la exuberante Europa que de la parquedad *amazigh*, pero 2010 sólo llegará una vez y entre el despliegue gastronómico de sopa, un asombroso *cous-cous* y más cordero asado del que seríamos capaces de comer aunque nos lo propusiéramos; el efecto del cabernet-merlot de Mekness y el surtido de licores varios que despliegan los otros viajeros, la noche pasa de mágica a inolvidable, mientras los cánticos regionales y la exaltación de la amistad interétnica alcanzan niveles nunca antes vistos. Se acerca la luna a las estribaciones occidentales del Jbel Beni cuando se acallan las músicas, los brindis y las palmas y solamente el gruñido lejano de algún dromedario rompe el redundante batir del viento en la arena. ¿Será este año nuevo bondadoso? *Inshallah*.

Será que la reducida humedad ambiental favorece la eliminación del alcohol o que la visión del sol inundando el desierto dilata los sentidos por encima de cualquier resaca, pero la temprana mañana del 1 de enero amanece sonriente como nosotros. Por desgracia, tras el desayuno, abandonamos *erg* Chegaga para dejar las dunas e internarnos en el desierto pedregoso, vasto y requemado, exento de puntos de referencia que nos indiquen dónde estamos y a dónde vamos, surcado de caminos abiertos por turistas irresponsables que se entrecruzan una y otra vez, como una inabarcable autovía de mil y un carriles. La cercanía del lago Iriki se vislumbra gracias a que el número de piedras ennegrecidas por el despiadado sol va disminuyendo.

¿Por que se le llama lago? pues porque lo fue hasta hace bien poco. El lago Iriki era donde iba a morir el río Draa, al menos en su cauce superficial, ya que sigue su transcurso subterráneamente hasta desembocar en el Atlántico. En la estación lluviosa era una zona empantanada de agua salobre que se secaba en ve-

rano. Tras la construcción de la presa de Ouarzazate, el caudal del río Draa disminuyó y hoy muere entre las poblaciones de Zagora y Tagounite, dependiendo de la pluviosidad del año. Así el lago Iriki dejó de ser una zona pantanosa para convertirse en una *sebka* o *chott*.

La impresión que siente el viajero al encontrarse en ese paraje es de libertad. A excepción de al norte, donde te encuentras el Jbel Beni, mires a donde mires la vista se te pierde en un horizonte absolutamente plano. El suelo es de arena endurecida con una fina capa de sal procedente de la desecación del lago, aunque han proliferado pequeños campos de dunas en continuo movimiento por su superficie.

En esta zona es fácil encontrarse con pequeñas bandadas de gangas y ubaras, aves esteparias, hermanas pequeñas de nuestras avutardas, y que gracias a su plumaje, se camuflan perfectamente en estos parajes. Si se gusta de la observación de aves, es fácil contemplar al gorrión sahariano, al escribano sahariano, el alcaudón real (que utiliza las espinas de las escasas acacias como despensa), y diversas clases de collalbas. Pasado el Iriki y justo debajo de una construcción en un cerro al norte la pista nuevamente se separa en varias, que convergen en las estribaciones de Fom Zguid, nuestro primer contacto con el asfalto tras casi 200 kilómetros de arena y piedras.

El camino de vuelta a Marrakech se torna algo aburrido. La parada en Tazenakht nos permite disfrutar de la original artesanía *imazhigen* en materia de alfombras, recordar el tedioso regateo y disfrutar de un almuerzo a base del consabido *tajine*, del que comenzamos a percibir las diferencias de textura y condimantación, y las deliciosas mandarinas.

Tras cruzar el Atlas de sur a norte, llegamos al caótico Marrakech ya de noche y derrengados por el viaje. De nuevo, una agradable sorpresa. El hotel en la medina, *riad*, donde dormiremos es una pequeña joya escondida entre callejones estrechos y oscuros adarves. Riad Chi-Chi es otro tipo de oasis. Sus cinco habitaciones son el escenario perfecto para disfrutar de un reparador descanso que nos prepare para una jornada recorriendo las intrincadas callejuelas de la medina de Marrakech.

Porque si hay algo que es imperdonable perderse al visitar la capital imperial de Marruecos, también llamada la ciudad roja, es la medina y la plaza de Jemaa El Fna. La aventura comienza en ese momento. Como si nos remontásemos en el tiempo, las referencias cambian, ya no es cuestión de kilómetros recorridos. En un instante, es el pasado el que resurge, con los narradores y los artistas callejeros, los encantadores de serpientes y los magos que ofrecen pociones y remedios secretos. A poca distancia, en la fuente Chrob ou Chouf, cerca de la mezquita Ben Youssef, una de las inscripciones cinceladas invita al viandante "a beber y ver lo que va a ocurrir" (*chrob ou chouf*).

Ecos y aromas embelesan. El estruendo de la moto y el estrépito del carromato que pide paso urgentemente, la sonrisa comercial del vendedor de *souvenirs* y la adusta mirada del comerciante de productos que sólo compran los locales; el perderse por entre las callejas es volver a la infancia, descubrir un tesoro en cada esquina. Incluso al entrar en la zona menos turística, cuando los luminosos puestos dejan paso a pequeñas y destartaladas tiendas, uno percibe la vida intensamente. Es como éramos hace no tanto tiempo. La supervivencia del día a día.

Una vez disfrutado a fondo el inmenso zoco que es la medi-



na, bien a la vista, se erige el emblema de la ciudad: el espléndido minarete de la mezquita de la Koutoubia. De estilo hispanomorisco, esta obra maestra del siglo XII sirvió de fuente de inspiración para los constructores de la Giralda de Sevilla. Los enamorados del Oriente eterno no deben escatimar una visita al espléndido palacio de la Bahía, donde apartamentos de lujo y patios secretos se alternan en un refinamiento puesto en relieve por unos jardines de estilo andaluzí ciertamente sorprendentes. No muy lejos de aquí, se erige el museo Dar Si Said. Este palacio bien merece una visita por su riqueza arquitectónica. Dedicado al arte marroquí, permite sumergirse en el corazón del estilo de vida del país para conocer hasta sus detalles más cotidianos. Un sueño hecho realidad para todos aquellos a los que les gusta aprender, sentir y experimentar.

Sea donde sea, no hemos de olvidar tomar un momento para contemplar y escuchar, porque Marrakech es un paraíso para los sentidos, lejos de la cómoda uniformidad de nuestras ciudades europeas, si bien tan segura para el visitante que un escritor

español amante de la ciudad y al que se puede ver sentado habitualmente en una de las cafeterías de la plaza de Jemaa El Fna, suele decir que es probable que cuando el gran público perciba que puede pasearse con tanta tranquilidad por los zocos de Marrakech como por un mercadillo de Benidorm, Marruecos vea crecer su turismo con la misma intensidad con la que rezan sus muccines desde lo alto de las mezquitas.

Nuestra última noche en la capital *amazigh*, bajo un cielo claro de luna enturbiado por el humo de los puestos de comida, recordamos los sonidos del desierto y de los cantos *imazhigen*, extraña fusión de árabe musulmán y africano animista, que hablan a la vez de amor y sometimiento, de entusiasmo por la vida y resignación por las calamidades. Aunque me pese, estoy de acuerdo con ellas. En lo que se refiere al Sahara, o a cualquier otro lugar, tienen razón. Las personas mueren, la vida continúa y a veces conviene recordar que lo único a lo que cualquiera de nosotros debería aspirar es a un trago de agua y un poco de sombra. El resto depende de fuerzas mucho más poderosas. *Inshallah*. ■

Si los enamorados de las sensaciones van a disfrutar de los aromas y los ecos de la medina, los amantes del consumismo se sentirán pletóricos de felicidad. Los zocos de la ciudad imperial venden casi de todo, desde esos objetos que tanto demandan los turistas (vasos para el té, alfrombras, babuchas, chilabas o artesanía bellamente elaborada) hasta una fuente de dos metros, una pastilla de turrón o la gema más brillante del Alto Atlas.

